

# Ramón o la nueva literatura

## 1. Teoría de la escritura ramoniana

### 1.1. *El concepto de la nueva literatura*

Ramón Gómez de la Serna, adrede, huye de toda trascendencia. Para él la literatura es un juego, una forma sin contenido, el arte sin pensamiento. En su discurso «El concepto de la nueva literatura», que pronuncia en el Ateneo como secretario de la sección de literatura de *Prometeo*,<sup>1</sup> publicado luego en esta revista,<sup>2</sup> dice, casi al principio: «Nunca he podido tener una idea aproximada de lo trascendental». Huye de la seriedad, de lo solemne pero practica la liturgia de la irreverencia, de lo cómico y lo circense. Su tertulia del *Pombo* era un rito pagano donde él ejercía de sumo sacerdote.

El trabajo «El concepto de la nueva literatura» (32 páginas de la revista *Prometeo*) es fundamental para entender la estética ramoniana, en particular, y la nueva literatura que preconizaba, en general. Nace de la experiencia creadora y del distanciamiento didáctico del crítico. Ramón todavía es muy joven. En la revista *Prometeo* inicia sus pasos y allí desarrolla sus primeros vuelos. Al principio escribe sobre temas sociales. Se notan las lecturas de Marx y Nietzsche, de los socialistas utópicos, de Stirner. Se irá distanciando de estas posturas extremas, pero siempre permanecerá en él un fondo de anarquismo iconoclasta, un nihilismo salvado por el humorismo.

Cuando Ramón Gómez de la Serna escribe el artículo, la estética dominante es todavía la del modernismo. En su presentación, la revista *Prometeo* se declara unida al modernismo. El manifiesto comienza con los conocidos versos de Rubén Darío.<sup>3</sup> La nueva literatura pertenece aún al futuro. Su concepto «está forjado más en vista de lo inédito que de lo hecho hasta hoy».

Contestatorio, enemigo de lo establecido, escribe Ramón: «Ya nada es lo que es por definición, maligno deseo de los escolásticos». O sea que todo es revisable y puede ser demolido por el espíritu crítico. Escribe contra los preceptistas, aquellos que siguen creyendo en la literatura por definición. «Todos tienen su fórmula lapidaria. Error. Nosotros creemos con Lebesque que el arte reducido a fórmulas se niega a sí mismo.» Ene-

<sup>1</sup> *Prometeo*, revista social y literaria, estaba dirigida por Javier Gómez de la Serna. El primer número apareció en noviembre de 1908. En ella se ejercitaba Ramón Gómez de la Serna. Al principio sus colaboraciones eran de carácter político y sociológico. Luego publicó pequeñas obras de teatro, con estilo poético, y textos literarios.

<sup>2</sup> Abriendo el número 6, abril de 1909, pp. 1-32.

<sup>3</sup> Los versos iniciales de Salutación del optimista.

migo de la preceptiva, contrario a la vacía imposición académica: «El concepto de la nueva literatura no obedece a simplicismo de las preceptivas: es algo mucho más complicado, que entrelaza otros muchos conceptos». Si la literatura es nueva no puede ser heredera de los viejos cánones estéticos. Necesita sus propios principios, su solar donde edificar la nueva obra. Contra el pasado dirige su crítica: «El concepto histórico de la literatura tenía que decaer. Las cosas vitalísimas renuncian a la reducción de los prejuicios con toda insolencia. Todo adquiere un valor actual sobre el etimológico al desprenderse de todo atavismo».

¿Qué distingue a la nueva literatura? Según Ramón, aúna conocimientos que ninguna otra anterior ha tenido. Cita a Stirner y su frase: «Tu fuerza, tu poderío es lo que te concede un derecho. Esa misma fuerza y ese poderío son los que conceden todo derecho». La fuerza juvenil es el primer presupuesto de la transformación literaria. Juventud real y vital, no la soñada juventud de algunos viejos interesados, que permaneciendo, aparentemente, jóvenes, no se apean del burro. «La primera influencia de la literatura es la vida», dice taxativamente Ramón, «esta vida de hoy desvelada, corita, contundente como nunca, bajo una inaudita invasión de luz».

Se refiere Gómez de la Serna a la crisis de la filosofía «tocada de escolasticismo, universalismo, especialismo y tantos otros ismos». Una filosofía académica, acartonada que ha dejado de interesar e interesarse por el hombre. Filosofía grandilocuente y necia, engolada, que se mira a sí misma el ombligo óptico, centro de su universo. Ya Ramón anuncia que esta filosofía, completamente inútil, no ha servido para abrir una necesidad perentoria en nuestros tiempos modernos. «Se necesitaba un modo de expresión genérico, sin dañar por las sistematizaciones y que pudiera acumular las inquietudes supremas de la vida.» La vieja filosofía —cuyo cadáver perdura en las taxidermistas cátedras de filosofía— estaba muerta. «Entonces se ha recurrido a la literatura.» (La obra de Borges es una respuesta literaria a la filosofía perenne, que no saben enseñar los filósofos de oficio y beneficio.)

Critica Gómez de la Serna la filosofía de Comte, que califica de moralista y ridícula. La figura de Victor Hugo no la deja sobre su peana. Le parece un dominador y su excitación una fanfarronada. Sin embargo, cree decisiva la aparición de Emerson, Stirner, Nietzsche, Gorki y Haeckel. Asegura: «Hoy no se puede escribir una página ignorando a Nietzsche». Y más adelante, prosigue: «Acojo ese nombre como un símbolo. Su influencia filosófica, audaz, heroica, descarada, no es de él, es del período porque pasamos, sobrecargados de iniciativas, olvidado de sus libros, que son el resultado de su vorágine». Pío Baroja, unos años antes, en un curioso artículo,<sup>4</sup> había escrito sobre la caducidad de la obra nietzscheana, sobre su ineficacia entre nosotros los españoles. Parece ser, que en la época que escribe Ramón, Nietzsche lo invadía todo: «Todos los críticos en cuanto ven una obra de fuego hablan de nietzscheanismo». Gómez de la Serna aborrece la filosofía sistemática, del mediocre didactismo. Exalta a Peer Gynt, el héroe de Ibsen y proclama con él «Soy un autodidáctico». Señala: «En verdad que se acabaron los maestros capitolinos. Y si hay maestros —entendedme— son para algo accidental, dependiente, alumno, que ayuda a crear al profesor». Proclama un anar-

<sup>4</sup> Pío Baroja, «Nietzsche y su filosofía», en el número 1 de Revista Nueva, 15 de febrero de 1899.

quismo filosófico (entre sus autores antes he citado a Stirner) y una relación profesor que aprende y alumno que enseña, aparentemente contradictoria, pero en la base de una pedagogía abierta y moderna. El escritor es siempre un autodidacta, a pesar de sus estudios sistemáticos, de los posibles títulos universitarios. El escritor aprende de la experiencia y de la lectura en otros escritores, difícilmente por un manual de redacción o estudiando la crítica académica. La filosofía, según Ramón, ha perdido su vigencia; se hacía literatura y la literatura se iniciaba en filosofía. En la literatura permanece la antigua filosofía, donde los personajes viven los eternos problemas del hombre, que lo son, porque nunca tendrán respuesta. Siempre antiguos y modernos, en Edipo o Antígona, en don Quijote o en Hamlet, en Fausto, Augusto Pérez, «K», o Peer Gynt.

Critica a Zola, que no escuchó a Nietzsche. «Nacido en plena colisión de ideologías contrarias, su literatura fue un alarde de riesgos, de barbaries, de temeridades que hay que tener en cuenta porque así comenzó a salvar la vida de su menoscabo.» Le parece una literatura llena de exageraciones y desproporcionada. Por el contrario, la nueva literatura «corregida de esta intemperancia aparece con un criterio sincrético y sereno completamente inédito». Recoge toda clase de influencias, de las que no reniega; las transforma y renueva el antiguo significado. Para distinguir la esencia entre la nueva y la vieja literatura, ofrece una cita de Paul Adam que dice: «Nos consagramos a una literatura *ideísta* así como nuestros predecesores a una literatura esencialmente sentimental». Estas definiciones o diferencias sirven como manifiesto de la nueva literatura. Ramón puntualiza: «Tiene un criterio inmune que entroniza la intuición. Es la entronización de todos los procedimientos y de todas las ideologías». Recoge la cita de Taine quien ha dicho «que en vez de definir las ideas las engendra». En todos estos propósitos, se puede rastrear una poética de la greguería: la idea sobre el sentimiento, la intuición, la literatura como principio creador, que engendra y no define. La brevedad sobre el tópico. La caza de metáforas nuevas sobre la anodina vulgaridad de la prosa. «Ante cierta literatura de antaño, y aun de hoy, ha adquirido el odio a la frase hecha, al tópico, a lo manido, a todo lo que en ella ha debido caducar». Se trata de una literatura revolucionaria, nueva, no consolidada, porque es una literatura todavía de transición, cuya sabiduría consistirá en saber lo que no tiene que hacer, el prosaísmo, la vulgaridad, la ramplonería, porque eso ya está hecho.

La vieja literatura como la de los anacrónicos que todavía florecía, de severidad técnica insólita, trabajada desde fuera, es «inerte, yacente, atosigadora por falta de humanidad, pero más que nada por falta de mundanidad». Contra la vieja literatura no ahorra Ramón calificativos y desdenes. Iconoclasta contra lo antiguo, autodidacta que sienta cátedra en el Ateneo, posiblemente ante sus maestros, seguro del nuevo arte que en manifiesto proponía, continúa descalificando, destruyendo el viejo orden literario: «En sus páginas cenceñas, enjutas, sin traspiración, primitivas, espesas, sobrecargadas de peso muerto, llenas de una prosa menuda, sin ventilación, sin gracilidad, sin luz, oliente a habitación cerrada, y a la humedad de los claustros, no se puede respirar, son sofocantes porque tienen el enrarecimiento de los esquemas, de las abstracciones y de los términos generales». Gómez de la Serna hace una guerra a fondo contra la literatura anterior, astutamente, sin especificar nombres. ¿Podría dirigir sus dardos contra «Azorín», Maeztu, Baroja o Unamuno? Y más lejos, ¿contra Galdós o «Clarín»? La crítica